



¡Oh divino Niño! ayudadme á narrar aquí la historia de vuestra imagen milagrosa para que todos os conozcan y os amen; suscitad nuevos apóstoles que enciendan en todos los corazones el fuego de vuestro amor; sed ahora para nosotros lo que fuísteis para la Bohemia hace más de dos siglos; salvadnos, Señor; salvad á vuestra Iglesia, salvad á la Europa católica, y salvad también á nuestra pobre patria!

EL NIÑO JESUS MILAGROSO DE PRAGA

PRIMERA PARTE

CAPITULO I.

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LA VICTORIA

La Batalla de Praga (1620).—Fundación de un convento de Carmelitas descalzos.

Cuando Fernando II subió al trono, el Austria estaba agitada por varias discusiones religiosas. El nuevo emperador se mostró hijo sumiso y amante de la santa Iglesia; tomó posesión de sus estados el día 29 de Junio de 1617, y fué coronado emperador el día 9 de Septiembre de 1619.

La Bohemia se convirtió muy pronto en un foco de rebelión; la nobleza protestante se dejó ganar por el príncipe palatino Federico de Pfalz, calvinista encarnizado, que se apoderó del poder y se hizo coronar por rey en la ciudad de Praga.

El emperador, fiel á sus juramentos, resolvió marchar contra el usurpador, y encontró un poderoso auxiliar en la persona del duque Maximiliano de Baviera, quien se puso á la cabeza de la liga católica.

Fernando II, luchando por la buena causa, puso toda su esperanza en el auxilio de lo alto, y solicitó para ello oraciones y plegarias públicas. Maximiliano de Baviera se acordó del venerable Padre Domingo de Jesús María, tercer General de los Carmelitas descalzos en Italia, cuya piedad y celo eran conocidos por todas partes, y suplicó al Soberano Pontífice Paulo V, que nombrase al humilde religioso su Legado cerca del emperador Fernando II, y le concediese los poderes necesarios á su misión.

El Padre Domingo llegó á Alemania con otros dos Carmelitas el día 20 de Junio de 1620, y su presencia hizo renacer las esperanzas en todos los corazones; el Padre alentó á los ejércitos católicos y excitó su ardor para tan noble causa. Después de saludar al duque de Baviera y á la duquesa su esposa, escribió en estos términos al emperador de Austria: «Nosotros tratamos ahora de los grandes intereses de la causa de Dios y de Vuestra Majestad, para anonadar el audaz orgullo de un rey intruso y sacrílego, y de sus numerosos partidarios que se han apoderado de la Bohemia. En el acto que nuestra legítima defensa sea coronada por una victoria completa, me apresuraré á dirigirme á Viena para presentar á Vuestra Majestad el homenaje de mi respeto y obediencia.»

Este heroico religioso se entregó todo á tan gloriosa empresa, y, el día de la Asunción, el Señor le reveló la próxima victo-

ria de Praga. Desde entonces, puso toda su confianza en la Santísima Virgen, é impuso el escapulario del Carmen al duque de Baviera y á todos los soldados.

Las tropas del emperador y del duque entraron en Bohemia á principios de Septiembre, y rechazaron á los rebeldes hasta Pitsen. El Padre Domingo, visitó el castillo de Strakonits, saqueado por los herejes, y encontró allí un pequeño cuadro que había sido profanado; y limpiándolo respetuosamente, vió que representaba el Nacimiento del Salvador. En el primer término se miraba á la Santísima Virgen arrodillada delante del Niño Dios, y detrás de ella á Señor San José, teniendo en la mano una linterna, y en el fondo se miraban los pastores.

A todos los personajes, á excepción del Niño Jesús, habían sacado los ojos; el P. Domingo traspasado de dolor juró restablecer el culto de esta Santa Imagen.

Llegó el ocho de Noviembre, día fijado

para el combate; todas las ventajas estaban de parte del enemigo: el número, la fuerza y la posición. Los generales católicos vacilaban acerca del partido que debían tomar; pero el Padre les dijo: «Señores: no es tiempo ya de discutir, sino de pelear.»

Se dan las órdenes; el choque es terrible; el enemigo avanza amenazante, y va ganando terreno, pareciendo ser suya la victoria; mas no obstante, el Padre permanece confiado, orando y suplicando á la Santísima Virgen, Reina cuya librea portan los soldados, y lleno de confianza está seguro del éxito. Queriendo vengar el honor de María, ultrajado por los herejes, monta á caballo; teniendo su crucifijo en una mano, y mostrando con la otra el cuadrito de Strakonits, repite en voz alta. *¿Ubi sunt misericordia tuæ antiquæ Domini? (1) Exurge et judica causam*

(1) ¿Dónde están vuestras antiguas misericordias, oh Dios mío?

tuam. et Matris tuæ: (1) Y después, dirigiéndose á los soldados, los excita á repetir con él estas tiernas invocaciones de la *Salve Regina: Illos tuos misericordes oculos ad nos converte! Oh clemens, oh pia, oh dulcis Virgo Maria!* Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, ¡oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!»

Aquella á quien no se invoca jamás en vano, se rindió á la oración de este ejército; y muy pronto se dejó oír el grito de ¡Victoria! ¡Victoria! El estandarte imperial, que representaba por un lado la efigie de Cristo y por el otro la imagen de María, se lleva en triunfo.

Tres horas bastaron para dispersar el ejército calvinista, de 100,000 hombres: hubo muchos muertos y prisioneros; muchos escaparon huyendo, y rehusando reconocer el dedo de Dios, esparcieron la

(1) Levantaos, Señor, juzgad vuestra causa y la de vuestra Madre.

voz de que un mago había venido de Roma á causar entre ellos el desorden y el terror.

El arzobispo de Praga fué restablecido en su silla, los eclesiásticos llamados á ejercer su ministerio, las iglesias vueltas al culto, y una capilla conmemorativa construída en el sitio mismo de la batalla.

El Padre Domingo lo atribuía todo á la Santísima Virgen, y deseaba cumplir cuanto antes su voto; dirigióse á Viena para mostrar su preciosa imagen al emperador, y pedirle el permiso de llevarla á Roma. Su majestad consintió en ello voluntariamente, y quiso que su corona imperial sirviera para el adorno de ese tesoro.

El emperador, á su turno, cumplió su promesa, estableciendo conventos de Carmelitas en Viena, en Gratz, y en Praga, y habiendo en esta ciudad una capilla de protestantes, el monarca la dió con un es-

pacioso terreno al Padre Domingo para comenzar el nuevo convento.

El día 8 de Septiembre de 1624, se consagró la iglesia dedicada á Santa María de la Victoria, y á San Antonio de Padua como patrón secundario.

Esta iglesia estrecha y pobre, con el tiempo se ensanchó y adornó; y posee aun actualmente un magnífico cuadro que representa la victoria de Praga, y, sobre el altar mayor, una copia exacta del cuadro que fué encontrado en Strakonits rodeado de los trofeos de la batalla de Praga, cuadro cuyo original se conserva en Roma, en la iglesia de Santa María de la Victoria.

Este es el templo que el Niño Jesús va á ocupar para hacer brillar su poder y su amor, y derramar sus bendiciones sobre todos aquellos que le honraren con fervor.

CAPITULO II.

DONACION DE LA ESTATUA
DEL NIÑO JESUS AL CONVENTO DE LOS CAR-
MELITAS DESCALZOS DE PRAGA.

Pobreza del monasterio.

*—La princesa de Lobkowitz.—Bendiciones del
santo Niño Jesús.*

Los carmelitas llegaban á Praga después de una guerra; la ciudad estaba arruinada, los católicos oprimidos por los calvinistas, se hallaban, humanamente hablando, en la imposibilidad de proveer á su subsistencia. El emperador lo comprendió, y quiso asignarles una pensión. Esos fervorosos religiosos representaron á su majestad que era mejor conformarse á la santa Regla para este monasterio que debía ser el noviciado de la provincia, y establecerle en la más estrecha observancia. Fernando II no pudo menos

que admirarlos, y proveyó él mismo á sus necesidades mientras la Corte estuvo en Praga, mas luego que volvieron á Viena, esos buenos religiosos experimentaron las caricias de la santa pobreza; el pan les faltó muchas veces, pero ellos estaban tranquilos y confiados en la Providencia maternal, que da á las avecillas el grano que necesitan para sustentarse. La bondadosa Próvidencia iba á manifestarse en el momento de la más grande escasez.

Había en Praga una piadosa princesa nombrada Polixena, viuda en segundas nupcias del nobilísimo Sr. Adalberto Lobkowitz, el cual había ocupado los puestos más importantes del reino. Esta princesa se había distinguido siempre por su piedad enérgica y tierna, y su afecto á la religión católica; y había sido condenada á cuatro meses de prisión y á la confiscación de todos sus bienes por haber salvado á uno de los defensores de la fe. Cuando la paz volvió á la Bohemia, Fernando II

le devolvió la posesión de sus bienes y le confirió el título de duquesa. Esta princesa conocía la historia de la fundación del convento de Praga, y sufría al ver á los hijos de Santa Teresa, en tan extrema pobreza. En el año de 1628, un día se presentó en el locutorio con una pequeña estatua del Niño Jesús y la entregó al Padre Prior, diciéndole: «Padre mío, vengo á daros lo que tengo más amado en el mundo. Honrad mucho al Niño Jesús y nada os faltará.»

Esta pequeña estatua era un recuerdo de familia; es de cera, de 48 centímetros de tamaño; el divino Niño está en pie, con la mano derecha en actitud de bendecir; en la mano izquierda tiene un mundo, y la expresión del rostro es de una dulzura notable.

Los PP. recibieron con reconocimiento el regalo de la piadosa princesa. La estatua quedó colocada en el oratorio del

noviciado y allí recibió los primeros homenajes de los novicios.

Estos alumnos de la vida religiosa se complacían en tomar al Niño Dios por modelo, y recibir á sus pies las lecciones de humildad y de obediencia de que necesitaban para seguir las huellas de su seráfica Madre.

Luego que el Niño Jesús comenzó á tener culto en el convento, las palabras de la princesa se verificaron, y la comodidad ocupó el lugar de la pobreza. Informado el emperador de la penuria de los religiosos, intervino directamente: y por un decreto imperial les concedió en 1828, una dotación anual de 2000 florines, sobre las rentas de Bohemia y un subsidio perpetuo sobre las rentas reales.

El Niño Jesús se manifestó también de otra manera. Los carmelitas tenían arrendado un viñedo que no daba frutos por la escasez de recursos para cultivarlo, y en

ese mismo año produjo un vino abundante y de la mejor calidad.

Los favores espirituales fueron también numerosos. Un sacerdote llamado Nicolás Schkowilerg, nativo de Luxemburgo, al entrar en el noviciado de los Carmelitas recibió el nombre de P. Cirilo de la Madre de Dios. Hacía muchos años que se hallaba en un estado de aridez y sequedad espiritual que le afligía; y aunque hacía penitencias, oraba y suplicaba con lágrimas, el cielo parecía de bronce para él.

La vista del divino infante Jesús, le dió algunas esperanzas á su pobre corazón. El día de Navidad de 1627, después de la misa de media noche, se postró á los pies del adorable Niño, y le conjuró á que tuviese compasión de su alma. El amable Niño se dejó conmovér, pues devolvió la paz á esta alma fuerte y le comunicó un fervor que antes no había probado jamás.

002201

El P. Cirilo, reconocido á esos favores, se hizo luego el apóstol y el propagador de la devoción al Niño Jesús.

CAPITULO III.

PROFANACION Y OLVIDO.

Pruebas que de allí resultaron para la comunidad

La revolución se fomentaba en los espíritus; dos años habían pasado apenas, cuando la Bohemia volvía á ser el teatro de la guerra. Los PP. Carmelitas creyeron prudente transportar el noviciado á Munichs. Para el P. Cirilo fué un gran sacrificio dejar á su amado Niño Jesús, que le había vuelto la paz y el fervor; la imagen se vió abandonada después de la partida de los novicios; la devoción cayó poco á poco en olvido, y los Carmelitas se vieron oprimidos de penas con que el Señor quería probarlos.

Entonces hubo días de calamidad para

la Praga y la Bohemia. La Alemania entera estaba hecha un fuego; el ejército enemigo sembraba por todas partes desastres y la muerte; los protestantes se habían unido al rey de Suecia Gustavo Adolfo, cuyas tropas reportaron una brillante victoria el 17 de Septiembre de 1641.

Todo parecía perdido para el partido católico. Ese príncipe, infatuado con sus conquistas, soñaba en la creación de un imperio protestante y avanzaba hacia el Oeste de los Estados alemanes, mientras su aliado Juan Jorge de Harmein caía sobre la Bohemia á la cabeza de 18,000 hombres.

Praga no contaba más que con 500 hombres para defenderse; la lucha era imposible, y fué necesario rendirse. Los carmelitas huyeron como los otros habitantes que querían escapar de la muerte. La herejía entró en la ciudad con el ejército del príncipe. Más de ochenta ministros protestantes se instalaron en las iglesias

católicas; la iglesia de Santa María de la Victoria fué robada y entregada á Juan Rassasius, el cual durante cinco años había tenido sus prédicas en la iglesia de San Nicolás, y los dos religiosos que guardaban el convento fueron puestos en prisión.

Los herejes, al entrar en el oratorio, como vieron la estatua del Niño Jesús, se burlaron y lo arrojaron debajo del altar en donde muy pronto quedó cubierta de polvo y basura.

El emperador Fernando II, de concierto con el duque de Friedland, levantó un nuevo ejército, y el 25 de Mayo de 1632, los sajones fueron arrojados de Praga. Los carmelitas volvieron á su convento; mas, ¡cosa extraña! ninguno de ellos se acordó de la preciosa estatua. La miseria reinaba en el Carmelo como en toda la ciudad.

Fernando III, que había sido coronado rey de Bohemia aun en vida de su padre

viendo el tesoro del Estado extinguido por las guerras continuas, no pudo dar á los Carmelitas la pensión imperial; además, los campos y los viñedos que cultivaban se les quitaron, de suerte que, los pobres religiosos, sin ningún recurso, oyeron de nuevo los gritos de guerra. Los suecos, alentados por la muerte del duque de Friedland, en 1634, volvieron á Bohemia, dejando tras de sí el robo y la muerte; y cuando llegaron á Praga, los carmelitas huyeron por segunda vez. El grito de angustia de los habitantes de Praga subió hacia el cielo: las tropas imperiales hicieron prodigios de valor; y los suecos, perseguidos á todo trance, dejaron definitivamente el territorio bohemio.

Una epidemia terrible sucedió á la guerra: los Carmelitas vueltos á su convento, tuvieron el dolor de ver al R. P. Prior sucumbir al azote. La paz, firmada el 15 de Junio de 1665, devolvió la calma al país, mas no al Carmelo. El dedo de Dios

se manifestaba; una prueba sucedía á otra, y la comunidad no podía restaurarse.

Un novicio, encargado del oratorio, encontró la estatua detrás del altar, tomóla, examinóla, y cosa increíble! volvió á dejarla en el mismo lugar. Ese novicio era un sujeto notable, en el cual se fundaban muchas esperanzas, y las crónicas cuentan que desde ese día degeneró, y muy pronto hubo precisión de despedirle.

CAPITULO IV.

REPARACION.

*El R. P. Cirilo vuelve á encontrar la estatua.
Pruebas á que fué sometido antes de
lograr el restaurar y reparar la Santa Imagen.*

Hacia siete años que la estatua yacía olvidada detrás del altar. Desde entonces ningún superior había podido permanecer en su cargo á consecuencia de dificultades icesantes, y ningún maestro de no-

vicios había terminado su tiempo. El R. P. Provincial se preguntaba cuál podía ser la causa de todos esos males en un monasterio en otro tiempo tan fervoroso.

En 1637, hacia la fiesta de Pentecostés, la santa obediencia llamó á Praga al P. Cirilo, el cual no había olvidado lo que debía al Niño Jesús y la promesa que había hecho de propagar su culto.

La Bohemia se veía amenazada de nuevo de ser presa del enemigo, que marchaba de conquista en conquista. Todo era de temer para el país y la religión; el P. Prior de los Carmelitas ordenó á sus religiosos que hiciesen oraciones y penitencias para obtener la paz.

El P. Cirilo le habló de la estatua dada en 1628 por la princesa de Lobkowitz y solicitó el permiso de buscar este precioso tesoro hasta encontrarlo, asegurando que el divino Niño volvería la calma al país y á la comunidad.

El piadoso novicio labuscó con mucho

esmero y logró encontrar la amada estatua en el mismo lugar donde los herejes la habían arrojado; la limpió lo mejor que pudo, cubriéndola de lágrimas y de besos, y la expuso en el coro á la veneración de sus hermanos.

El Niño Jesús, que había abandonado el convento mientras le habían dejado en el olvido, mostró muy pronto su poderosa protección. El enemigo levantó el sitio, y la comunidad se encontró abundantemente provista de todo lo que le faltaba.

En cuanto al P. Cirilo, gozaba del triunfo de su divino Salvador y gustaba pasar horas enteras á sus pies. Un día, estando en oración, escuchó muy distintamente estas palabras: *«Tened compasión de mí y yo la tendré de vosotros, volvedme mis manos y yo os volveré la paz.....Cuanto más me honráreis, más os favoreceré.....»* Con el gozo que experimentó al encontrar la estatua,

no echó de ver que tenía las manos quebradas; dirigióse, pues, á su superior, pidiéndole que la mandase componer. Más éste por la escasez de recursos no pudo acceder á los deseos del buen P., el cual volvió á su celda á confiar á Dios su tristeza y entregarse en manos de su Providencia; pues comenzando el camino de abnegación y obediencia por donde el divino Niño quería llevarle, ya proseguiría recorriéndolo y sería el apóstol del Niño Jesús, y llegará al término de la vía, mas será humillado, llevará la cruz todos los días, y permanecerá fiel hasta la muerte.

Poco tiempo después de esta primer negativa, llamaron al P. Cirilo cerca de un moribundo, al cual habló del Niño Jesús.

Este anciano, llamado Benito Maskoning le dió cien florines de limosna, y el apóstol del Niño Dios acudió á su superior con la convicción de que la estatua iba á ser reparada; mas no fué así, el superior pensó que una estatua más hermosa y,

más rica sería mejor, y la antigua fué desdeñada. El P. Cirilo no pudo dejar de obedecer, pero Dios manifestó su descontento, pues el mismo día de la inauguración de la estatua, un candelabro desprendiéndose de la pared la hizo mil pedazos; el P. Prior cayó gravemente enfermo y no pudo acabar su trienio.

Después de la instalación del nuevo Prior en 1637, el P. Cirilo volvió á instar, y le prometió las bendiciones del cielo si la estatua se componía y se le daba culto, el Superior le contestó que no disponía de un sólo sueldo, por la gran pobreza en que estaba el convento. El humilde religioso se sometió y pidió á la Santísima Virgen le ayudase.

Terminada la oración, llamáronle á la iglesia donde una señora de aspecto grave le entregó una abundante limosna y desapareció al instante: sin duda era la Santísima Virgen que había escuchado su oración.

El P. dió cuenta á su superior de lo que acababa de pasar, y el Prior no quiso dar más que medio florín para la reparación de la estatua; siendo imposible el hacerla componer á ese precio, y quedando todo suspenso como antes.

La casa fué probada por nuevas calamidades. Todo el rebaño fué robado del establo, lo mismo que dos caballos que servían para transportar los materiales de la fábrica; la peste desoló la ciudad, y muchos religiosos fueron de ella atacados; el Prior mismo estuvo gravemente enfermo, y entonces se acordaron del Niño Jesús, y el Prior prometió celebrar diez Misas ante la imagen, y notó una gran mejoría, y en pocos días quedó curado enteramente. Cumplió luego su voto, y todos los PP. pusieron su confianza en el Niño Jesús.

Las limosnas volvieron con abundancia al convento; y no obstante, la estatua todavía no estaba compuesta; el P. Cirilo

se quejaba de ello amargamente con su adorable. Maestro, cuando oyó estas palabras: «*Colocadme á la entrada de la sacristía y encontraréis alguien que tenga compasión de mí.*» El P. obedeció.

Un extranjero entró en la sacristía y notó que el Niño Jesús tenía las manos quebradas, y pidió á los PP. que le confiasen ese tesoro para hacerle reparar á sus expensas; los PP. consintieron en ello; el extranjero, que se llamaba Daniel Wolf, afligido por un proceso grave, y acusado de haber cumplido malas funciones de Comisario de guerra, había perdido su empleo, y esperaba su completa ruina; mas apenas se encargó de la reparación de la estatua cuando desistieron del proceso, y volviendo á la gracia del soberano, recobró su fortuna.

La confianza en el Niño Jesús aumentaba con las señales de su protección. Un día de fiesta, el sacristán quiso exponerla á la devoción pública, y procedió tan brus-

camente, que dejó caer la estatua y la quebró, El P. Cirilo recogió los pedazos y Wolf se encargó de esta nueva reparación, la cual quedó perfectamente.

Este señor, enfermó de gravedad, y dirigiéndose al divino Niño, hizo voto de mandar construir un tabernáculo ó capilla para exponer la Imagen. Su oración fué escuchada, pues curó contra toda previsión y cumplió su promesa, regalando, además, unos candeleros de gran valor, con un Crucifijo de marfil colocado en una peana de plata y con vasos y flores.

CAPITULO V.

PROTECCION PARTICULAR DEL DIVINO NIÑO.

La fama de estos acontecimientos se extendió bien pronto en la ciudad y aun en todo el país, y la atención de los fieles